
PENSAMIENTOS MORALES
DE ISÓCRATES.

I.

En los discursos de moral no hay que buscar cosas nuevas, porque estas materias no nos ofrecen sino verdades simples y comunes, sacadas de las acciones ordinarias de la vida. El mérito de estas obras consiste en juntar, quanto es posible, las máximas esparcidas entre todos los hombres, y presentarlas de un modo interesante.

II.

Las lecciones que se dirigen á los particulares, solo aprovechan á ellos mismos: instruir á los Soberanos y á los pueblos, es asegurar al mismo tiempo la autoridad de los unos y la felicidad de los otros.

III.

Estimad sobre todo al hombre sabio, que tiene grandes miras, y persuadiros á que un amigo de buen consejo, es de todos los bienes, el mas precioso, el mas necesario, y el mas digno de un Rey.

IV.

Creed que contribuís eficazmente á extender vuestro Imperio.
Tomo IV. B

[18]

rio , si gustais de que os inspiren el gusto de los conocimientos útiles.

v.

Segun sea la sabiduría del Soberano , así será la gloria y la prosperidad de su reyno.

v i.

Trabajad en sobrepujar á los otros en mérito , tanto como los sobrepujais en grandeza y dignidad.

v i i.

No os imagineis que los cuidados del estudio , tan útiles por otra parte , no sean de socorro alguno para hacernos mas virtuosos y mas sabios : el hombre sería demasiado infeliz , si habien-

[19]

do hallado el medio de adiestrar y domesticar los animales mas feroces , no pudiera formarse él mismo para la virtud.

v i i i.

Traed junto á vos quantos sabios haya en vuestro reyno: traedlos tambien , si es necesario , de los países mas remotos: buscad á los poetas y filósofos mas estimables : oíd las máximas de los unos , y practicad las lecciones de los otros. Por lo que hace á las artes y las habilidades , contentaos con ser juez ; pero en todo lo que tiene relacion con el reynar , sed zeloso de disputar vos mismo el precio.

i x.

No es necesario exhortaros á

B 2

que os instruyais, si conocéis bien quanta indignacion causa el que el insensato gobierne al sabio, y que el hombre sin mérito, mande al hombre de un mérito distinguido. Mientras mas os choque la ignorancia en los otros, mas priesa debeis daros para adquirir conocimientos útiles.

x.

Amad á los hombres, y amad á vuestros vasallos. Si no amásemos á todos los seres, cuyo cuidado nos está confiado como hombres y animales, ¿cómo podriamos gobernarlos? Amad, pues, al pueblo, y hacedle amar vuestra autoridad. Persuadido á que todo gobierno se mantiene con el cuidado de saber manejar los intereses de la multitud: vos sa-

breis protegerla y contenerla á un propio tiempo: vos elevaréis á los honores á los mas dignos ciudadanos, y defenderéis á los otros de la opresion.

xi.

Cambiad y reformad las ordenanzas y las costumbres viciosas: adoptad los sabios reglamentos de los extrangeros, si vuestra sabiduria no os los dicta mejores: no establezcáis sino leyes justas, útiles y conseqüentes, tan poco capaces de producir enredos entre los ciudadanos, como propias para acabarlos prontamente; porque tales son las qualidades que deben tener las buenas leyes. Haced de modo que sea tan facil el enriquecerse en el comercio, como arruinarse pley-

[22]

teando ; por este medio se evitará lo uno , y se apresurarán hácia lo otro. Sea siempre vuestra justicia imparcial , y sorda al favor , y vuestros juicios , siempre los mismos , no se muden sino segun los objetos. La dignidad del Príncipe , y el adelantamiento de los pueblos , piden que estos sentimientos tengan el carácter de buenas leyes , y sean tan inmutables como ellas.

XII.

Gobernad vuestro reyno como un padre gobierna su familia. Sed tan magnífico quando se trata de desplegar el aparato de la magestad real , como económico en vuestra vida doméstica , y en la administracion de vues-

[23]

tras rentas : éste es el medio de sostener el honor de vuestra clase , y de ser para todo.

XIII.

No intentéis brillar con estériles profusiones , las quales se desvanecen , y no dexan despues señal alguna : mostrad magnificencia , sea en las grandes ocasiones en que debéis manifestaros , en la adquisicion de posesiones sólidas , ó en recompensar á los amigos fieles. Los gastos de esta especie no los perderéis , y serán mas provechosos para vuestros descendientes , que las vanas suntuosidades.

XIV.

Sed fiel inviolablemente á la religion de vuestros padres. Acor-

B 4

daos de que el homenaje de un corazon recto y virtuoso honra mas á los inmortales, que la pompa del culto exterior y la multitud de víctimas: mas bien se obtiene de ellos lo que se les pide por la justicia, que por los sacrificios.

XV.

Conferir los empleos mas brillantes á vuestros mas inmediatos parientes; pero reservad los mas importantes para vuestros mas sincéros amigos.

XVI.

Creed que vuestra prudencia, la virtud de vuestros amigos, y el amor de vuestros vasallos, son la mejor custodia de vuestra persona: por estos me-

dios sobre todo se adquiere y conserva la autoridad.

XVII.

La fortuna de los particulares no debe ser indiferente; ellos no pueden arruinar sus negocios sin perjudicar los vuestros, ni aumentar sus riquezas sin aumentar vuestros tesoros. La opulencia de cada ciudadano es un fondo seguro para los buenos Reyes (1).

(1) No se cree generalmente que deba añadirse nada á las máximas de Isócrates, por ser claras y fáciles de entender. Pero aquí no podemos escusar el citar una respuesta de Enrique IV, la qual tiene mucha relacion con la máxima presente. Un Embaxador extranjero le pre-

Sea vuestro reyno un asilo seguro para todos los extrangeros, y encuentren en él una justicia siempre pronta. Si van á vuestra Corte, preferid á aquellos que manifiesten zelo en merecer vuestros beneficios, á aquellos que os traen presentes: honrar á los primeros, es honraros á vos mismo.

Mostraos en todas las circunstancias que os halleis, amigo de

preguntó, ¿quanto le valia la Francia? "Lo que yo quiero" respondió este buen Rey. Era porque procuraba á sus vasallos los medios de enriquecerse, y por lo mismo contaba siempre con lo que tenían.

la verdad, y religioso observante de vuestras promesas: vuestra simple palabra debe ser mas sagrada, que los juramentos de los otros (1).

No trateis de gobernar vuestro pueblo con el terror, ni de intimidar á la inocencia. Quando vuestros vasallos hayan aprendido á amaros, mas que á temeros, vos mismo los amaréis sin temerlos.

(1) Si la buena fé y la verdad, decia Juan el Bueno, Rey de Francia, fueran desterradas de todo el resto del mundo, debieran encontrarse en la boca de los Reyes.

No hagais nada con cólera: afectad que estais irritado, siempre que sea preciso y oportuno. No seais menos exâcto en inquirir las faltas, que en castigarlas con moderacion, y en que la pena sea siempre inferior al delito.

No saque su fuerza vuestra autoridad, ni de la dureza del mando, ni del rigor de los castigos, sino de la superioridad de vuestra sabiduria, y de la opinion que tengan los ciudadanos de que sois mas ilustrado que ellos mismos sobre sus verdaderos intereses.

Procurad el adquirir los conocimientos que debe tener un guerrero; y pronto siempre á defenderos, mostrad que sois amigo de la paz, por vuestra aversion á toda usurpacion.

Tened con los Estados pequeños las mismas consideraciones, que las que querriais tuviesen con el vuestro otras Potencias mas poderosas.

No lleveis siempre con rigor vuestros derechos, y no trateis de combatir sino quando os sea útil el vencer. Nadie es despreciable quando cede por ventaja

[30]

suya , sino quando triunfa en perjuicio suyo.

xxvi.

No honres con el título de grande al que forma proyectos sobre sus fuerzas , sino al que, sabio en sus deseos , puede executar todo lo que emprehende.

xxvii.

No admire al Príncipe que supo adquirir un grande Imperio , sino al que sábiamente gobierna los Estados que ha recibido de sus padres. Cree que para ser verdaderamente dichoso, no hay necesidad de mandar á pueblos numerosos enmedio de los peligros y los temores , sino contentarse con la fortuna que se tiene , manifestarse como uno

[31]

debe ser , y no tener sino deseos moderados para poder satisfacerlos.

xxviii.

No hagais amigos por casualidad , y no os inclineis sino á hombres dignos de vuestra amistad. Buscad Ministros zelosos, mas bien que cortesanos lisongeros.

xxix.

Mostraos difícil en la elección de vuestros amigos , y preferid siempre á aquellos que os harán mas perfecto , y que darán á los otros una idea mas alta de vos mismo.

xxx.

Experimentad con cuidado á

[32]

los hombres que os rodean, y persuadiros á que las personas retiradas de vuestra Corte, os creen semejante á aquellos con quienes gustais vivir.

XXXI.

Para empeñaros á escoger bien vuestros Ministros, no olvidéis jamás que sois responsable de su conducta.

XXXII.

Mirad como un amigo seguro al hombre sincero que os advierte vuestras faltas, y no al que os aprueba todo lo que decís y haceis.

XXXIII.

Dexad á la sabiduría la libertad de hacerse oír: ella se

[33]

apresurará á daros sus consejos en los negocios espinosos.

XXXIV.

Aprended á distinguir el verdadero amigo, del lisongero artificioso; y jamás favorezcáis el vicio en detrimento de la virtud.

XXXV.

Escuchad lo que vuestros cortesanos dicen unos de otros: éste es el medio de conocer á la vez, tanto á los que hablan, como á los que son el objeto de sus discursos.

XXXVI.

Castigad la calumnia como castigariáis el crimen.

Tomo IV.

C

[34]

XXXVII.

Vos mandais á los otros; mandaos á vos mismo: pensad que es indigno de un Monarca el hacerse esclavo de sus pasiones, y que éste debe ser dueño de sus deseos, mas que de sus vasallos.

XXXVIII.

No hay que aplaudirse de lo que podria ser obra del malo; haced consistir vuestra principal gloria en la virtud, que nada tiene de comun con el vicio.

XXXIX.

Los honores mas sólidos no son aquellos que os rinden públicamente; porque estos son con frecuencia hijos del temor. Lo

[35]

que debe lisongearos es, el ver á los ciudadanos en el seno de su familia, admirar la grandeza de vuestra alma, mas bien que la elevacion de vuestra clase.

XL.

Si os sucede el tener gustos despreciables, encubridlos; pero no temais manifestar vuestro ardor por las cosas grandes.

XLI.

No exijais de los simples particulares, el que sean arreglados en su vida, mientras que vos os permitis el vivir sin regla: manifestaos, por el contrario, un modelo de sabiduría, porque el pueblo toma el exemplo de sus dueños.

C 2

[36]

XLII.

La mejor prueba que podeis tener de la prosperidad de vuestro reyno, será la de llegar á ver al fin á vuestros vasallos mas ricos y mas sabios.

XLIII.

Sed mas zeloso en dexar gloria á vuestros hijos, que no riquezas : estas son perecederas, y la gloria es inmortal. El oro puede ser el precio de la gloria ; pero la gloria no se compra con el peso del oro. Los hombres sin mérito pueden ser ricos ; el mérito solo, puede ser célebre.

XLIV.

Sed tan magnífico quando os manifestais al pueblo, como sim-

[37]

ple y austéro en vuestra vida privada, y como conviene á un Príncipe : de este modo la multitud herida del resplandor de vuestra persona, os creerá digno de mandar ; y vuestros privados, en la distancia proporcionada para conocer la fuerza de vuestra alma, tendrán de vos la misma opinion.

XLV.

Observaos en vuestras acciones y en vuestras palabras : esta atencion os hará evitar bastantes faltas.

XLVI.

Lo esencial sería el mantenerse en los límites de una exâcta moderacion ; pero como no es facil el determinar estos limites,

C 3

[38]

preferid el quedaros del lado de acá , mas bien que del lado de allá. Mas cerca se está de la moderacion , no yendo hasta el cabo , que quando se pasa de él.

XLVII.

Sed grande y popular á la vez. El ayre de grandeza conviene al poder soberano , y la popularidad al comercio de la amistad. Es difícil observar el justo medio , porque ordinariamente , el que afecta grandeza , enfada ; y el que se pica de popularidad , se envilece. Es necesario reunir las dos qualidades , evitando el uno y otro extremo.

XLVIII.

Para adquirir un conocimiento perfecto de los deberes del

[39]

Soberano , unid la experiencia al estudio. El estudio os indicará los medios para obrar en la ocasion , y la experiencia y el uso os procurarán la facilidad.

XLIX.

Exâminad la conducta de los Príncipes y de los particulares ; considerad quales hayan sido sus conseqüencias , y lo pasado os instruirá para lo futuro.

L.

Al ver á unos simples ciudadanos exponerse á morir para merecer elogios despues de su muerte , ¡ quán indigno sería de un Monarca el excusarse de hacer acciones que le cubriesen de gloria durante su vida!

C 4

[40]

L I.

Haced de suerte que las estatuas, y las imagenes que quedan de vos, acuerden mas bien los rasgos de vuestras virtudes, que los de vuestra persona.

L I I.

Emplead todos vuestros cuidados en poner os y vuestro reyno al abrigo de todo peligro; pero si os es necesario arrostrar los riesgos antes que vivir en el oprobrio, sabed morir con honor.

L I I I.

Aunque hagais lo que hagais, no olvideis que sois Rey, y acordaos de no hacer jamás cosas impropias de la magestad del trono.

[41]

L I V.

Temed el morir todo entero: compuesto de un cuerpo fragil y de una alma inmortal, trabajad á lo menos para dexar una eterna memoria de la mas noble porcion de vos mismo.

L V.

Acostumbraos á hablar de las bellas acciones, á fin de aprender á pensar cómo hablaréis, y executad aquello que os haya hecho aprobar una sana razon.

L V I.

Lo que admirais, imitadlo; y las lecciones que diereis á vuestros hijos, ponedlas vos mismo en práctica.

LVII.

Gobernar ó dominar, son dos cosas que frecüentemente confunden, y sin embargo son bien diferentes. El que gobierna, consagra todos sus cuidados á la felicidad de los que le obedecen; y el que domina, por el contrario, hace servir á sus placeres los trabajos y las penas de aquéllos á quienes manda.

LVIII.

Un Príncipe sabio, en vez de procurarse placeres con los sudores agenos, no excusa los suyos para que sus vasallos sean felices.

LIX.

Un buen Monarca, bien di-

ferente de los otros Príncipes que encargan los trabajos, y se reservan los placeres, toma á su cargo las fatigas, y hace comunes las ventajas.

LX.

¡Cómo podrian dexar de ser sagrados, los días consagrados á la felicidad de los pueblos!

LXI.

Los homenages de un corazon libre y fiero, son infinitamente mas lisongeros que las bajas adulaciones de un alma servil.

LXII.

En obrando con tiranía, se cae inevitablemente en los ma-

[44]

les que ella arrastra , y tarde ó temprano se sufre lo que se hacía sufrir á los otros.

LXIII.

El poder tiránico es una carga que agobia , y pesa tanto á los opresores , como á los oprimidos.

LXIV.

El medio mas seguro que tiene un Príncipe para no hallarse agobiado con el peso de los negocios , es el ocuparse en ellos : el verdadero reposo para él , no es el fruto de la inaccion , sino un sabio empleo del tiempo , y un trabajo sostenido.

[45]

LXV.

Un verdadero Monarca no trata de imprimir , ni inspirar respeto con la severidad del semblante , sino con la dignidad de su conducta. Como dueño y no esclavo de sus pasiones , quiere con un trabajo moderado asegurarse de los placeres durables , y no prepararse largos trabajos por placeres de un momento.

LXVI.

No descuides nada , dice Isócrates á Filipo , para asegurarte la amistad de Atenas. Mucho mas glorioso es ganar el afecto de los pueblos , que forzar plazas. Las conquistas forman siempre enemigos , y á los soldados es á quie-

[46]

nes se atribuye la gloria : en vez de que si os conciliais la benevolencia y la amistad de los pueblos , por todas partes aplaudirán vuestra política.

LXVII.

No (dice tambien el mismo orador al mismo Príncipe , recomendandole á uno de sus antiguos discípulos, que se habia retirado á su Corte), yo no puedo creer que él tenga jamás que arrepentirse de haberse unido á vos , sobre todo quanto pienso en la reputacion de dulzura que gozais , y quando veo que cono- ceis toda la ventaja que hay en ganar con vuestros beneficios amigos útiles y fieles , y en adquirir muchos otros sirviendo á estos. Todo hombre de mérito es agra-

[47]

decido á los que le buscan por todas partes , y cree haber recibido él mismo el bien que ve hacer (1).

LXVIII.

Remontad á las edades mas remotas ; y considerad , que ningun poeta , ni ningun orador, querria prodigar sus elogios , ni á las riquezas de Tántalo , ni al vasto Imperio Pélops , ni al poder de Euristéa. Pero despues de haber celebrado á Hercules y

(1) No se puede inculcar demasiado á los Príncipes que por la sola beneficencia merecerán siempre los homenages de los mortales: escuchemos las reflexiones que Isócrates dirige á Filipo , para inspirarle este noble sentimiento.